

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LA ESTRUCTURA MUNDIAL TRIPOLAR

La noticia de su viaje a Moscú en el próximo mes de mayo, facilitada por el propio presidente Nixon, ha causado tanta sensación como la de su viaje a Pekín o la de adopción de drásticas medidas económicas del 15 de agosto. El presidente Nixon es decididamente ducho en el arte de dar golpes y provocar comentarios. Sin embargo, sería singular error estimar que esos espectaculares gestos carecen de una lógica interna que los justifica y hasta los hace imperiosamente necesarios al margen de propósitos propagandísticos. Ni siquiera las medidas de orden económico, con apuntar en primer término a lo interno norteamericano, pueden excluirse de lo que es, en definitiva, reconsideración a fondo de la política global de los Estados Unidos, hasta ahora atendida a un esquema de bipolaridad y, desde hace pocos años, de relajamiento de la tensión con la URSS. Las recientes y sucesivas decisiones de la Casa Blanca muestran que se ha tomado plena conciencia de que estamos ante una estructura tripolar de la política internacional.

La nueva situación no se ha producido de la noche a la mañana. Pero si «la inteligencia va a la zaga de los acontecimientos», como hacía observar Ortega y Gasset, otro tanto le sucede a la política que, en ocasiones, ha de emprender una carrera para alcanzarlos y, de ser posible, dominarlos. Es lo que hacen los Estados Unidos sin tomarse punto de reposo.

De hecho, desde 1964, año de la primera explosión atómica china, se viene produciendo una evolución en la estrategia nuclear del mundo y, por consiguiente, en su estructura política. Síntomas de tal evolución han sido, señaladamente, el relajamiento de la tensión norteamericana-soviética, plasmada en las conversaciones directas sobre el control y limitación de las armas estratégicas o SALT, que siguen su curso secreto y al parecer eficaz; la firma del Tratado de renuncia al arma bacteriológica y, en otro orden de

ideas, el acuerdo para imponer el alto el fuego en el Cercano Oriente y la búsqueda de una solución negociada del conflicto con la mediación de la ONU. Este último propósito se ha saldado, hasta el presente, con un fracaso. Es una de las causas del endurecimiento de la postura de la URSS frente a la gran negociación proyectada con los Estados Unidos, cierto es que en tiempos en que eran los únicos supergrandes. La otra es fundamentalmente la feroz campaña de propaganda china aplicada a denunciar la «colusión» soviético-norteamericana, denuncia perjudicial en sumo grado de cara a la clientela revolucionaria de la que Moscú ha de cuidar tanto como de sus intereses nacionales.

Partiendo de esta compleja situación, complicada por el hecho de que la partida, en adelante, ha de jugarse con un nuevo partícipe, la visita a Pekín del pragmático presidente Nixon no sólo apunta a negociar el contencioso chino-norteamericano, mejorar las relaciones y desarrollar los intercambios comerciales. Se trata de estabilizar ese centro de inestabilidad mundial que es un país gigante, no por oficialmente ignorado menos operante y peligroso por presentarse como fiel valedor de ese poder marginal, pero real, que es el mundo revolucionario en los cinco continentes. Sin embargo, desde el punto de vista de la revolución a escala mundial, que China Popular ha venido pugnando por encabezar, la visita del presidente Nixon se impone como una reacción nacionalista y hasta conservadora de país preocupado por el aislamiento y cerco con que lo amenazaba la aproximación entre Washington y Moscú. Porque si peliagudo es un entendimiento entre China Popular y los Estados Unidos, los obstáculos que se interponen entre los dos grandes del comunismo son actualmente insuperables, ya que a motivos permanentes de orden geopolítico se suman los de rivalidad ideológica y liderazgo. De suerte que un acortamiento de distancias entre los Estados Unidos y China Popular provocaría un virtual aislamiento de la URSS, sobre todo de ser cierto el criterio de los especialistas que estiman inestable una estructura tripolar que, por ello, tiende a restaurar la lógica de la estructura bipolar mediante la unión más o menos formal de dos contra uno.

La decisión del presidente Nixon de trasladarse a Moscú puede dar al traste con la teoría del binomio fatalmente enfrentado con el tercero, para dar paso a una nueva forma de ambigua bipolaridad. Con todo, es preciso puntualizar que el viaje a Moscú del presidente Nixon, que se calificará de «histórico», no es ni una improvisación norteamericana ni una parada

soviética para proteger una vulnerabilidad atacada por el acercamiento Wáshington-Pekín. Ya en tiempos del presidente Eisenhower se barajó la posibilidad de que el jefe del ejecutivo norteamericano se trasladara a Moscú. En el caso concreto del presidente Nixon, desde hace meses su viaje es objeto de conversaciones, tal vez paralelas a las conversaciones para realizar el viaje a Pekín. Ello sugiere que la decidida apertura del anticomunista Nixon a un mundo comunista, política e ideológicamente dividido, persigue, más allá de objetivos inmediatos que saltan a la vista, un muy ambicioso objetivo a largo plazo, que toma en cuenta preferentemente, y un tanto exclusivamente, el interés de los Estados Unidos.

Se trata de estabilizar la estructura tripolar del mundo mediante un similar acercamiento a China Popular y a la URSS, o distanciamiento, según como se mire. La maniobra podría dar pábulo a la constitución de un mundo comunista claramente bipolar, por resultar China Popular y la URSS, ya antagónicas, enfrentadas en términos más rotundos por esquivar el que venía siendo blanco de los ataques de los dos adversarios potenciales. Tal podría suceder porque la estructura tripolar no anula las oposiciones anteriores. Incluso las incrementa al no desviar un tercero la atención de los oponentes, China Popular y la URSS, que no podrían unirse contra los Estados Unidos. Estos desempeñarían el papel de fiel de la balanza, dominando en definitiva la situación por mantenerse apartados de tensiones suscitadas por los opuestos intereses chinos y soviéticos. En semejante hipótesis, de bipolaridad centrada en el mundo comunista y compaginada con la incuestionable tripolaridad, los Estados Unidos estarían en condiciones de jugar sus bazas estrictamente nacionales, es decir, de volver a su tradicional política de cierto desentendimiento de las querellas ajenas. Es una política que han empezado a practicar con las medidas económicas recientemente puestas en vigor y de la que también es exponente la misión encomendada para finales de octubre a dos altos funcionarios de la Defensa norteamericana para discutir con los países de la OTAN las perspectivas de retirada de fuerzas del Viejo Continente.

CHINA POPULAR, EN LAS NACIONES UNIDAS

No se puede decir, sin matizar mucho, que los Estados Unidos han sufrido una derrota el 26 de octubre al no lograr que prosperase la tesis de las dos Chinas, en tanto que por abrumadora mayoría quedó aprobada en la Asamblea General la resolución de Albania, que, en definitiva, deter-

minaba que sólo la República Popular China es China; ello con todas sus consecuencias. Porque éste era el meollo del problema y no, como parecía, que la República Popular ingresara sin que China Nacionalista saliera de la magna Organización, cuya Carta fundacional sólo prevé una China. Por consiguiente, desde el punto de vista de la lógica, no pueden formularse grandes reparos a un resultado que pone en claro una situación confusa desde hace más de dos décadas y apoyadas hasta este año por los Estados Unidos. Por desgracia, lógica cartesiana, justicia y futuro despejado van rara vez de la mano en política. Por ello, aunque mediada la votación, fuera el representante norteamericano el único en quitarse los auriculares con gesto de contrariedad, con muchos más motivos que el señor Bush debieran habérselos quitado los representantes de otros países, en su mayoría amigos, aliados o simpatizantes de los Estados Unidos, y también unos cuantos que andan coqueteando a diestra y siniestra, sin excluir a Israel, que votó la resolución albanesa y se afana por recordar su reconocimiento de China Popular en 1950. Además, la lamentable y digna retirada de la representación de China Nacionalista debiera haber puesto en mientes el sabio refrán de que «cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas a remojar», ya que no habrá barbas seguras en la ONU desde el momento en que China Popular empuñe la navaja del veto en el Consejo de Seguridad, incluso las del tío Sam.

Según indicios, no faltan los sectores norteamericanos temerosos por sus barbas, singularmente los que han realizado cuantiosas inversiones en Formosa, o Taiwán, aparte de los anticomunistas empedernidos. Junto a ellos hay otros menos asustados y hasta aliviados, pese a sus aspavientos, por haberse resuelto el problema que planteaba a los Estados Unidos esa China de Chiang Kai-shek tan tenazmente protegida, pero que podía gravitar de modo negativo sobre las negociaciones chino-norteamericanas, lo cual incita a poner en tela de juicio la total sinceridad del disgusto oficial norteamericano, por lo menos en el ámbito del ejecutivo. A este respecto, el anunciar el presidente Nixon su viaje a Pekín antes del debate sobre el ingreso de China Popular en la UNO no se impone como medio infalible de que se cerrasen filas en torno a China Nacionalista, de momento que su máxime protector optaba por la apertura al Oeste. Tampoco anunciar que se acatarían respetuosamente las decisiones de la Asamblea, podía alentar la resistencia a la inicua expulsión de la representación de Taipeh. Así lo entendió ésta, que ha venido encareciendo a los Estados Unidos que, al iniciarse

las sesiones de la Asamblea, presentara una resolución tendente a convertir en «cuestión importante» la expulsión de cualquier país y no concretamente de China Nacionalista. Son varios los amenazados de esta suerte. La resolución tenía alguna probabilidad de éxito. Pero los Estados Unidos no atendieron la precavida petición. Cuando afirman que hicieron todo lo posible para salvar a la vieja aliada, olvidan que omitieron esa precaución. Poco significan los esfuerzos del señor Bush o de William Rogers en orden a resultados prácticos. Sólo ponen de manifiesto divergencias observadas ya entre la línea política del Departamento de Estado y la del jefe del ejecutivo, influida por su consejero de política exterior, Henry Kissinger. Su presencia en Pekín, coincidente con los debates de la ONU y prolongada más de lo previsto, ha llamado la atención. ¿Supeditó Pekín el asentimiento final a la proyectada visita de Nixon a la marcha de esos debates? La respuesta pertenece al secreto del sumario.

Sin embargo, de la altiva aceptación por Pekín del diálogo solicitado por Wáshington, que implica un mínimo entendimiento, no hay que deducir disposiciones conciliatorias cuando su representación ocupe en la ONU el puesto por el que no ha presentado directamente batalla. Lo solicitó en 1950. Se le denegó. Jamás formuló una nueva petición, lo que explica que no diera muestras de satisfacción ante la noticia de su ingreso, que tardó en comunicar al pueblo chino, cual asunto de poco fuste. Tampoco se ha apresurado a encaminar hacia Nueva York a su flamante representación, pese a los telegramas de U Thant, alterado por una ausencia que paraliza el Consejo de Seguridad. No parece presagio de cumplimiento reverencial de las normas vigentes en la ONU tan despectiva calma y sí calculada preparación para entrar en la lid.

Tan pronto como entre, con su sola presencia, China Popular perturbará el diálogo Estados Unidos-URSS, basado en la coexistencia pacífica, ello de mantenerse fiel a sus principios. Nada autoriza a pensar que serán reconsiderados en lo inmediato por un país que no se ha desviado un ápice de la línea de política exterior trazada hace años, cualesquiera que fueran sus problemas internos, y muchos disgustos puede originar su oposición sin matices al derecho que se otorgan las grandes potencias para mezclarse en los asuntos o conflictos de países medianos o pequeños. El debate sobre el Cercano Oriente puede deparar a China Popular la oportunidad de estrenarse en la ONU dando un papirotazo al castillo de naipes de una solución negociada, con algún olvido del pueblo palestino y sus guerrilleros

Es decir, que China Popular puede radicalizar el conflicto —éste o cualquier otro, en particular, el que apunta en el sur de Asia— merced a un derecho de veto que corte en seco todo intento de resolución lenitiva. Sería una actitud propia para captar el interés del Tercer Mundo, que flota un poco a la deriva entre la atracción y la hostilidad a los Estados Unidos y a la URSS y busca un perito capaz de resolver el problema de la desigual repartición de la riqueza en el mundo. Hasta el presente, era la URSS la que detentaba el monopolio de la redención de los países proletarios. China Popular se lo arrebató. No puede descartarse la creación dentro de la ONU, y posteriormente fuera, de un frente antiimperialista y anticapitalista del que asuma el liderazgo con más actividad que su rival soviética, un tanto absorta por la defensa de su interés nacional; ello, entre otros motivos, porque de momento el interés nacional chino no está en contradicción con la propagación revolucionaria, como le sucede a la URSS.

Por lo tanto, no hay impedimento de principio para que mientras Pekín y Washington dialogan de Estado a Estado, la representación china en la ONU aliste huestes con voto destinadas a impedir la construcción del vasto edificio de la pragmática política nixoniana, sin menoscabo de que el maoísmo siga minando el terreno de las buenas componendas por el que se esfuerzan en avanzar no sólo los Estados Unidos, sino otros países del mundo, comunistas o no, empezando por la URSS.

LAS RELACIONES ENTRE FRANCIA Y CHINA

Los medios informativos galos le han dado mucho aire a la llegada a París, el 28 de septiembre, de la delegación comercial de China Popular, que permanecerá en Francia hasta el 11 de octubre. La preside el ministro de Comercio Exterior, el imperturbable Pang Siang-kuo, destacado representante de la generación destinada a tomar el relevo de la vieja guardia en la ardua tarea de dirigir la nave china rumbo al futuro. Antiguo colaborador del desaparecido vicepresidente Lin Piao, seguidamente encargado de tareas administrativas, Pang Siang-kuo forma parte del Gobierno chino desde la primavera de 1970, y ha presidido ya delegaciones comerciales en viaje a Rumania y a la URSS.

Durante su estancia en el país vecino, ha celebrado entrevistas con el presidente de la República, el presidente del Consejo de Ministros, señor Chaban-Delmas, y el ministro de Asuntos Exteriores, señor Schumann, lo cual ha permitido conferir una dimensión política a las gestiones que realiza

en Francia, si bien conviene recordar que China Popular es ducha en el arte de discriminar lo político y lo económico. Por consiguiente, Pang Siangkuo no instauraría nuevos métodos centrandó su actividad en corregir la anomalía de que «las relaciones comerciales entre Francia y China no estén al mismo nivel que las relaciones políticas», como señalara Chou En-lai al ministro francés señor Peyrefitte cuando éste visitó Pekín en el pasado julio.

En efecto, a pesar de que Francia se cogiese la delantera en la serie de reconocimientos del Gobierno de Pekín por parte de potencias occidentales que no fueran Gran Bretaña, Finlandia, Suecia y Suiza, los intercambios comerciales con China Popular son en la actualidad, respectivamente, tres y seis veces menores que los de la República federal y Japón, que no tienen relaciones diplomáticas con aquel país. No obstante registrarse una curva ascendente en las exportaciones francesas, una vez superado el bache de la Revolución Cultural —244 millones de francos antiguos en 1964 y 448 en 1970—, así como en las importaciones chinas —70 millones en 1964 y 388 en 1970—, los intercambios comerciales franco-chinos sólo representan del 4 al 5 por 100 del comercio exterior de China Popular. Es un porcentaje muy discreto. No puede achacarse a problemas de pago, toda vez que Pekín rehúye de los créditos a largo plazo y paga puntualmente el importe de la mercancía en el momento del embarque. Por lo tanto, cabe atribuir a una menor capacidad de competencia de Francia o a una mayor desidia de sus industriales y comerciantes una situación que el gobierno Chaban-Delmas se esfuerza por modificar, a un tiempo que se afana por conservar un lugar preferente en el orden político frente a los diversos países que han establecido relaciones diplomáticas con Pekín. La visita que hizo en julio de 1970 el ministro de Desarrollo, señor Bettencourt; poco después, la del ex ministro de Asuntos Exteriores, señor Couve de Murville, y, más recientemente, la del señor Peyrefitte son claros indicios de la decisión francesa de defender el terreno conquistado en 1964, cuando reconoció a China Popular.

Pero así como China Popular diversifica sus fuentes de suministro y mercados exteriores, de suerte que si en 1964 realizaba el 70 por 100 de sus intercambios con países socialistas y en 1970 sólo efectúa el 25 por 100, su actividad diplomática, desde el final de la Revolución Cultural, se abre a la rosa de los vientos. Para un gigantesco país sometido a una dictadura vigilante, es un medio indicado de ejercer una acción a escala mundial

y, a un tiempo, de ser el único beneficiario de múltiples amistades que no implican compromisos. Ciertamente, los dirigentes chinos han manifestado que entre el campo revolucionario, que comprende los países «hermanos», y el campo imperialista, radicalmente enemigo, existe una zona intermedia de países industrializados capitalistas, pero no tanto, por no identificarse con el imperialismo. Estos son «países amigos».

La definición de «país amigo» le venía como anillo al dedo a Francia cuando reconoció el régimen de Pekín, porque se daba una similitud de criterios, que un poco a la ligera se calificó de «identidad», entre franceses y chinos: en lo que atañe a la cuestión del Vietnam, al sistema monetario internacional dominado por el dólar y al predominio norteamericano en el campo occidental. Además, los esfuerzos de Francia para dotarse de una fuerza nacional de disuasión y, posteriormente, la decisión de retirarse de la OTAN, sólo podían ser vistos con simpatía por Pekín. Pero junto a estos aspectos positivos, quedaban y quedan otros que, no por disimulados, dejan de ser.

Apenas iniciada la Revolución Cultural, China Popular arremetió contra Francia por la cuestión de Somalia francesa, Martinica, Guadalupe, las Comores y la Reunión e ignoraba olímpicamente el viaje del general De Gaulle a Camboya y el Pacífico. Los violentos incidentes que en 1967 opusieron la policía francesa a los estudiantes chinos residentes en Francia, con motivo de sus alborotos ante la Embajada soviética, desataron las iras de China, que se desgañó durante los graves acontecimientos de mayo de 1968, a fuerza de reprochar al Partido Comunista francés el no lanzarse al asalto del poder constituido. Ello no impidió que un año después, superada la Revolución Cultural, París fuera la primera capital de un país no comunista donde volviese un embajador chino. Tampoco la seca negativa del Gobierno chino de devolver a Francia en 1964 los locales de la embajada, que había ocupado, había impedido que ese mismo Gobierno propusiera amablemente a los diplomáticos galos amplios terrenos que podían comprar para edificar otra. La leve anécdota es exponente de un comportamiento a la vez duro, inflexible y suave, que torna difícil tener la seguridad de que se pisa suelo firme al tratar con China.

Que Francia, siempre animosa y dotada de ingenio para salir de estrecheces y malos pasos, despliegue actividad para figurar como nación «amiga» de Pekín es ahora tanto más lógico cuanto que el proyectado viaje a China Popular del presidente Nixon, de no ser un rotundo fracaso, provocará

un nuevo reparto de papeles en el escenario internacional y, en particular, en Asia. Jurídica y físicamente ausente de ese continente desde 1954, Francia conserva en la antigua Indochina posiciones económicas y culturales y, en cierto modo, políticas, que no son desdeñables. Por lo menos, no las desdeña. Y como quiera que de las negociaciones chino-norteamericanas acaso surja una fórmula para solucionar el conflicto del sudeste asiático, le conviene a Francia arrimar el ascua a su sardina, singularmente si tal ascua es la neutralización. Este objetivo explicaría el afán de politizar la presencia en el país vecino de la misión comercial china, que hasta el presente no ha revelado si hay el gato encerrado de una misión política detrás de la fachada de las negociaciones oficiales.

LA SITUACIÓN EN TÚNEZ.

Durante el mes de octubre los acontecimientos relativos a las grandes naciones se han sucedido con ritmo tan vertiginoso que apenas han dejado tiempo y espacio para mencionar lo que acaecía en las medianas y pequeñas. Tal es el caso de Tunicia, donde parece gestarse una grave crisis de sucesión, instituciones y, por consiguiente, de futuro, como se ha puesto de manifiesto en el VIII Congreso del Partido Socialista Desturiano o Neo Destur, que se inició el 11 de octubre en Monastir. No es la primera que se registra en ese país, que llegó a la independencia en 1956, merced a los esfuerzos del Neo Destur, dirigido por Habib Burguiba, «el combatiente supremo», como le llaman, quien antes de asumir el poder hubo de neutralizar la oposición encabezada por Salah Ben Yusef y nacida en el seno mismo del partido único. Semejante oposición, que era tanto de personas y ambiciones como de orientación política interior y exterior, también se dio poco después entre el Neo Destur y el sindicato UGTF, que es su emanación. Es decir, que desde que estrenó su independencia han existido en Tunicia tendencias que señalan direcciones opuestas a la acción gubernamental inspirada por Burguiba que, salvo breves períodos de retraimiento táctico, no ha cesado en su empeño de mantenerse al páiro con los países occidentales. En cambio, sus oponentes han tenido los ojos puestos en el mundo árabe y, en particular, en Egipto.

Sin negar los lazos de Tunicia con el mundo árabe, Burguiba ha sustentado la tesis de que el norte de Africa o Magreb es una variante dentro de la arabidad y que, por lo tanto, tiene intereses y rumbos propios que aconsejan el entendimiento con Europa. Tal criterio se reflejó en el pro-

yecto de un Magreb federado del Atlántico a Libia incluida, del que él hubiera sido artífice y jefe y que se esforzó por poner en marcha desde los albores de la independencia tunecina, pese al obstáculo que entonces suponía una Argelia sin independizar. Hitos en ese camino fueron el Pacto de alianza y amistad, de enero de 1957, con una Libia monárquica y sumamente recelosa del expansionismo de la República socialista egipcia, seguido, en marzo del mismo año, del Tratado de Fraternidad y Solidaridad firmado con Marruecos y vigente por veinte años. Así quedaba trazado el esquema de un Magreb coherente en el que sólo faltaba el componente de Argelia, un Magreb susceptible de ser fiel de la balanza entre los países árabes orientales y occidentales y en el que Tunicia fuera sede de la vinculación con éste. Pero Burguiba se propuso y la realidad dispuso.

A partir de la independencia de Argelia, en 1962, se acumularon los obstáculos que impedían avanzar hacia el Gran Magreb, en el que Tunicia esperaba gozar de situación privilegiada entre árabes y occidentales, singularmente en cuanto país más europeizado del norte de África. El sueño de federación se esfumó para dar paso al esfuerzo en pro del desarrollo, la estabilidad, la defensa de la soberanía y las instituciones, ello manteniéndolas a salvo de las influencias del socialismo árabe. La caída de la conservadora monarquía libia dejó a la moderada Tunicia un poco al garete, por no decir encajonada, entre Argelia socialista y el pujante Gobierno revolucionario de Trípoli que, echando el cerrojo a todo propósito de pertenecer a un Magreb diferenciado del mundo árabe, ha jugado la carta de su decidida vinculación a dos de sus más destacados representantes: la RAU y Siria. Parecida carta es la que desde hace quince años intenta jugar un sector del Neo Destur que hasta ahora el presidente Burguiba había mantenido a raya.

La ausencia de Tunicia de enero a junio del presidente Burguiba, ello por motivos de salud, ha sido circunstancia que ha favorecido a sus oponentes o divergentes para levantar cabeza, organizarse y acaso recibir alientos, extremo éste que no puede excluirse después de la visita del presidente Ghadafi a Túnez en el pasado febrero y sus conversaciones con dirigentes tunecinos. Entre éstos cabe destacar a Mestiri, ministro del Interior, destituido por Burguiba el 4 de septiembre, lo cual provocó la dimisión de varios ministros solidarios del destituido y en las filas del partido y la opinión pública tanto revuelo como produjera la anterior destitución, encarcelamiento y juicio de Ben Salah, ministro de la Planificación y promotor

de la muy discutida «colectivización acelerada», que fue un fracaso, o la también destitución del primer ministro Bahi Lagdham, desafortunado mediador en el conflicto jordano-palestino y además desposeído de su cargo en el Neo Destur. Por consiguiente, el Congreso de Monastir se iniciaba con cielo encapotado. Al finalizar, se precisaban las señales de tormenta. En primer término, debido a su deficiente salud, el presidente Burguiba ha renunciado a su nombramiento vitalicio a la presidencia de Tunicia, lo cual suscita el problema de su sucesión. Haciendo hincapié en su viejo prestigio y hasta ahora indiscutida autoridad, ha pretendido resolverlo designando como sucesor al primer ministro Hedi Nuira, pero un importante e influyente sector del Congreso se ha opuesto al sistema de designación y exige que el nuevo presidente sea elegido democráticamente, a un tiempo que abogan airadamente por que se liberalicen las instituciones, es decir, por nuevos modos y nuevos rumbos para Tunicia, lo que deja la puerta abierta a toda clase de cambios en las orientaciones de ese país que, hasta ahora, no ha sido factor de seria inquietud en el Mediterráneo.

El hecho de que exista una mayoría de partidarios del activo Mestiri entre los 58 miembros del Comité Central del Neo Destur elegido en Monastir, entre ellos el dolido ex primer ministro Bahi Lagdham, sugiere que, aun antes de que Habib Burguiba cese en la jefatura del Estado y en la del partido que dirige desde hace cerca de cuarenta años, ya se aclaran las filas de sus incondicionales. Muchos de éstos, sin excluir a próximos colaboradores hasta fecha reciente, se han pasado al bando de los activistas o de los simpatizantes del socialismo árabe, halagado no sólo por los soviéticos, sino también por los chinos, que, dicho sea de paso, ocupan de nuevo su embajada de Túnez, una vez hechas las paces con el presidente Burguiba, que en tiempos los acusó de intromisión en los asuntos internos de Tunicia.

Es decir, que no escasean los factores susceptibles de llevar de la moderación, prudencia y simpatía a Occidente de que ha venido haciendo gala Tunicia, a una postura más radicalizada semejante, por ejemplo, a la que practica Libia, su vecina, con la que sigue vigente el Tratado de 1957. Sería el hundimiento de la política sostenida por Habib Burguiba desde la independencia de su país, aparte de una interrogante planteada a los países europeos ribereños del Mediterráneo. Pero, de volver la vista atrás, Habib Burguiba puede recordar que en 1933 él era quien encabezaba la oposición a los dirigentes del Partido Nestur, acusados de quietismo y francofilia, y

que de esa pugna nació el Neo Destur, que ahora dirige y se ve amenazado de escisión, un Neo Destur que es sólo frondosa rama desgajada del tronco del partido que en 1920 fundara el completamente olvidado Abdul Azis.

LA SITUACIÓN EN EL CERCAÑO ORIENTE

También este año el tema del Cercano Oriente figura en el orden del día de la Asamblea General de la Naciones Unidas, lo cual evidencia que «los asuntos de palacio van despacio». Sin embargo, no puede decirse que esta cuestión dormita en las Cancillerías. Sería fastidioso enumerar las iniciativas, misiones y planes encaminados a establecer una paz duradera en esa área, bien con métodos directos y soluciones globales, bien buscando la tangente de soluciones parciales susceptibles de poner en marcha un proceso de pacificación, como fue el caso del proyecto de reapertura del canal de Suez. Al proponerse, la RAU no le hizo dengues, si bien la resistencia israelí a retirarse de la orilla oriental de ese Canal modificó la postura egipcia que, en la actualidad, parece aferrarse a la expresada en el comunicado egipcio-soviético hecho público al finalizar el viaje a Moscú del ministro de Asuntos Exteriores de la RAU en el pasado julio: la reapertura del Canal de Suez es mero elemento de una situación que no puede resolverse por separado. Aunque no deban tomarse al pie de la letra los términos de semejantes comunicados, hechos de cara al tendido, queda que esa toma de posición supone por parte de la RAU un sensible endurecimiento con relación a la flexibilidad de que diera muestras cuando a principios de mayo pasado visitó El Cairo el secretario de Estado norteamericano, William Rogers. Entonces pudo estimar que «la situación nunca había sido tan favorable para una solución negociada». Lo era tanto más cuanto que el presidente Sadat había emprendido una valiente operación de política interior, en la que se jugaba su porvenir personal y el de su régimen, y que apuntaba a una solución negociada del conflicto árabe-israelí. Por consiguiente, precisaba del apoyo norteamericano para que, en un plazo relativamente corto, se convirtieran en realidades las ventajas teóricas que para la RAU y sus aliados se contienen en la resolución de 22 de noviembre de 1967, ventajas confirmadas por el llamado plan Rogers. Pero la aplicación de ese plan resultó ser el rabo por desollar, no sólo por tropezar con la negativa israelí a aceptarlo, sino por no encontrar el decidido beneplácito del presidente Nixon, en vísperas de las elecciones presidenciales, como tampoco de su principal consejero, Henry Kissinger. Esa falta de sintonización da la clave

de las ambigüedades, reservas y hasta zigzagueos de la política norteamericana en el Cercano Oriente. De atenernos a lo declarado por el secretario de Estado norteamericano en la Asamblea General el 5 de octubre, sigue centrada en los seis puntos del plan que lleva su nombre. Tiene el inconveniente de que el ministro de Asuntos Exteriores de la RAU no esperó el momento de explayarse públicamente para rechazarlo en los pasillos de la ONU. Tampoco lo acepta Tel-Aviv, pese a que factores internos y externos parecen aconsejar a Israel que se torne algo más dúctil.

En efecto, en lo interno, el Gobierno israelí se enfrenta con un persistente malestar social expresado en oleadas de huelgas. A ello se agrega una situación económica poco lucida: el déficit comercial ha pasado de 920 millones de dólares en 1969 a 1.260 en 1970, en tanto que crece la deuda exterior. De otra parte, contrariamente a lo que se ha dicho, el tiempo no trabaja en favor de Israel, en particular desde que el presidente Sadat ha imprimido nuevos rumbos a la diplomacia egipcia. Existe en torno a Israel una amenaza de aislamiento, que tiende a concretarse. El viaje por diversos países africanos que Abba Eban hizo en la primavera pasada, pese a ofrecimientos y halagos, no dio los resultados apetecidos. No bien regresó a Tel-Aviv, la OUA adoptó una resolución recomendando la evacuación de todos los territorios ocupados por Israel en 1967, lo que lleva agua al molino árabe. Tal resolución no desentonaba del punto de vista expresado por los seis reunidos en París el 14 de mayo. Aun reconociendo a Israel el derecho a la seguridad, pedían la evacuación *de los* territorios ocupados y no *de* territorios ocupados, según interpretación israelí de la famosa resolución del Consejo de Seguridad.

Otros países admiten idéntica interpretación político-gramatical. Por ejemplo, la República Federal Alemana, según dijo su ministro de Asuntos Exteriores, señor Scheel, quien negó que su Gobierno se hubiera adherido poco antes a la declaración de París, ya que «la posición francesa y la alemana difieren», en tanto que compartía el criterio británico de que Israel tenía que retirarse *de* territorios ocupados. Fue lo más sonado de sus declaraciones durante su estancia en Israel. A buena puerta había llamado el señor Scheel. En visita a El Cairo a mediados de septiembre, a un tiempo que reanudaba las relaciones rotas desde la crisis de Suez, sir Alec Douglas Home, ministro de Asuntos Exteriores británico, declaró: «La solución de la cuestión del Cercano Oriente depende de la evacuación *de los* territorios ocupados» y «las fronteras entre Egipto e Israel deben ser las existentes entre Egipto y

Palestina en tiempos del mandato británico...». El tanto que pudo apuntarse el presidente Sadat, que está entre la espada israelí y la pared soviética, era de consideración, aunque, por desgracia para una solución del conflicto árabe-israelí, Gran Bretaña ha dejado de ser —lo mismo que Francia— factor claramente operante en el Cercano Oriente. Este honor —y este fardo— corresponde actualmente a los Estados Unidos, que, contra vientos y mareas árabes, extendió desde sus albores su brazo tutelar sobre el nuevo Estado de Israel. Este planteamiento inicial del problema por parte de los Estados Unidos ha originado una inexorable concatenación de causas y efectos que ha desembocado en la aparición e instalación de la URSS en el Cercano Oriente.

Sin embargo, toda la actuación de la RAU desde hace un año muestra en filigrana un positivo deseo de salir de la actual situación de enfrentamiento indirecto de las dos superpotencias, situación que no es ni de paz ni de guerra. No obstante, entraña todos los peligros de la guerra y, en todo caso, el de una infiltración soviética que no se limite al ámbito militar, de prolongarse el riesgo de conflicto árabe-israelí. Que ya existía esa infiltración, lo dice la depuración de comienzos de mayo en la RAU y los sucesos de julio en Sudán. ¿Sería posible a la larga dar un nuevo parón a un intento comunista? Cabe dudarle de persistir esa «ni paz ni guerra» que hace indispensable la ayuda y presencia soviética para los árabes. De ahí que urja no ya la reapertura del Canal, aspecto secundario de la cuestión, sino la solución del conflicto del Cercano Oriente, no sólo en bien de árabes e israelíes, sino de todos los países del Mediterráneo y del mundo no comunista en general. Únicamente Estados Unidos están en condiciones de doblegar la terquedad de Israel y ejercer las presiones que exigen las circunstancias. No sería menguada la parte de responsabilidad que le incumbiera a Estados Unidos de encontrarnos un día, acaso no lejano, con un mundo árabe comunizado por haberle dado a Israel el gusto de mantenerse en sus trece.

CONFLICTOS EN EL GOLFO PÉRSICO

Ya se va corriendo una cortina de olvido sobre la celebración a mediados de octubre del MMD aniversario de la fundación por Ciro del Imperio persa. Sin embargo, perduran las motivaciones profundas de esos fastuosos actos. En primer término, y de cara al Irán, antiguamente Persia, está el propósito

de dar respaldo histórico a una dinastía de reciente instauración, cual es la de los Pahlevi, además carente de raigambre iraní. En efecto, la fundó en 1925 el cosaco Reza Jan, promovido ministro de la Guerra por el monarca de la dinastía iraní, los Kayar, el débil Musafér ed-Dín, a quien derrocó. Obligado a abdicar en 1941, le sucedió su hijo, Mohammed Reza Pahlevi, el actual sha. Enlazar a los Pahlevi con la tradición persa mediante una exaltación del gran aqueménida, cuyo nombre lleva el príncipe heredero, apunta a conferir carta de naturaleza a una dinastía que, en definitiva, no hace sino agregarse a la lista de dinastías foráneas que rigieron los destinos de Persia desde que Alejandro el Magno la destruyera en cuanto vasto Imperio del Oriente Medio. Con todo, puede estimarse que los esfuerzos del sha para asentar un trono que sufrió serios embates en 1945 y 1950, serían baldíos de no contar con el sentimiento nacional que se afana en fomentar su llamada «revolución blanca». El tiempo dirá si la brillante conmemoración de la fundación del Imperio persa consolida la unidad en torno a los Pahlevi o, por el contrario, facilita argumentos a una oposición agazapada en el país, y que no es estrictamente comunista, sino de tipo regionalista disgregador.

Por lo demás, todo sugiere que la bien meditada apoteosis de Ciro ha perseguido también un objetivo internacional no sólo importante para el Irán, sino para toda esa área: el de dar por sentado que ese país está llamado a desempeñar un destacado papel regional por ser la mayor potencia de un Golfo Pérsico en el que coexisten o rozan diversos intereses mundiales: los estratégicos de los Estados Unidos y la URSS; los petrolíferos de los países árabes ribereños y productores y Gran Bretaña y, aparte de los interés asimismo petrolíferos del Irán, el que ese Golfo sea su única vía de comunicación marítima, de suerte que su seguridad y economía dependen de la estabilidad de la situación en torno a una zona, que perturba la presencia de Gran Bretaña, según estima Teherán. De ahí la atención con que vela por que se lleve a cabo la retirada de Gran Bretaña y por que ésta «no salga por la puerta y entre por la ventana», singularmente la ventana de algún conflicto.

Limitando la problemática de esa área a Irán y sus vecinos, hay que subrayar la habilidad con que ese país salió del callejón de su reivindicación del archipiélago de Bahrein sin perder la cara. Después de muchos dimes y diretes, en marzo de 1970, el sha solicitó los buenos oficios de una comisión de la ONU para conocer la voluntad de los habitantes de Bahrein.

Mayoritariamente pidieron la independendencia, que en la actualidad han logrado. Irán acató el resultado y pudo presentarse ante sus vecinos árabes como modelo de respeto al Derecho internacional. En cambio, Irán no cesa en su reclamación de tres islotes del estrecho de Ormuz, que están bajo el dominio de dos ínfimos emiratos, a los que brinda toda clase de ayudas, de renunciar a esos puntos claves del control de la navegación por el Golfo. Es de presumir que las buenas relaciones con esos emiratos, como también con Arabia Saudita y Kuwait, y sustanciales contrapartidas económicas llevarán a una solución amistosa. Es tanto más deseable cuanto que esos estadios no están en condiciones de defender esos puntos de vital importancia estratégica y comercial, de llegar el caso. No es un caso improbable, dado que la subversión ha sentado sus reales en la República de Yemen del Sur y en la región este del Sultanato de Mascate y Oman. Ello constituye un problema que se suma al de Iraq.

Las malas relaciones entre los dos países vecinos se remontan a 1958, al proclamarse la República de Iraq, iniciándose entonces los roces en razón de la rebelión de los kurdos iraquíes contra el Gobierno de Bagdad. Como la sogá sigue al cubo, surgió el pleito sobre Chatt el-Arab o estuario del Eufrates, fronterizo entre Iraq e Irán. No es la habitual frontera de línea media del río, sino una sinuosa y complicada que, en ciertas zonas, sitúa los barcos iraníes bajo la jurisdicción de Bagdad, y que se deriva del Tratado de 4 de julio de 1937, firmado bajo la presión británica, entonces imperante en Iraq. Denunciado en abril de 1969 por Teherán, su revisión tropieza con la afirmación de Bagdad de que Chatt el-Arab forma parte integrante del territorio iraquí, que sólo tiene 26 kilómetros de costa en el Golfo, frente a los varios centenares del Irán. Han sido vanos los intentos de mediación de Jordania, Kuwait y Turquía para lograr la negociación de un nuevo Tratado. De otra parte, el apoyo de Bagdad al separatismo de una provincia iraní que pretende integrarse en el mundo árabe no mejora deplorables relaciones, de la que es reflejo la expulsión de iraníes afincados en Iraq durante las festividades de Persépolis y los supuestos vuelos de provocación en el espacio aéreo iraquí al socaire de esas festividades, aparte de concentraciones de fuerzas en las fronteras. Con todo, no se ha llegado al enfrentamiento en que Iraq llevaría todas las de perder a manos del moderno y bien equipado ejército iraní.

Además, los adversarios potenciales reciben múltiples consejos de moderación, singularmente por parte de la URSS, a fin de que su conflicto no

incite a la Gran Bretaña a demorar su retirada, de forma que, por ahora, la situación es a un tiempo tensa y tranquila. Nadie puede afirmar que se mantendrá tan indefinidamente debido a los focos subversivos existentes en la región, que Bagdad no vacila en respaldar. De ahí el deseo de Teherán de organizar un sistema de seguridad colectiva, contando con Arabia Saudita y Kuwait. En cambio, Iraq pugna por que se federen los Estados del Golfo Pérsico, exceptuando Arabia Saudita y Kuwait, ello sobre la base de la «arabidad», lo cual le permitiría llevar la batuta a su conveniencia. Hasta el presente, ninguno de los dos países se ha salido con la suya, pero es de presumir que la proyección internacional adquirida por Irán con los actos de Persépolis es factor favorable para sus proyectos de ser poder destacado y moderador en una región del Globo en la que conviene a todos los países que reine el orden y la estabilidad. Irán está en buena postura para mantener en el Golfo Pérsico una coexistencia pacífica, pese al factor de inestabilidad que representa Iraq.

EL CONFLICTO ENTRE LA INDIA Y EL PAKISTÁN

Se ha hecho observar que uno de los mayores países del mundo, la Unión India, y uno de los más pequeños, Israel, están ambos gobernados por mujeres belicistas. Semejante calificativo aplicado a Indira Gandhi no refleja fielmente su postura ante una realidad muy compleja, complicada además por factores foráneos que añaden dificultad a la solución de un problema nada sencillo ni reciente en su planteamiento básico, ya que se enraiza en la creación por Gran Bretaña, en 1947, de un país de nueva planta, Pakistán, compuesto de una parte occidental y otra llamada oriental, separadas entre sí por unos 2.000 kilómetros de territorio indio. La parte oriental corresponde a la región del delta del Ganges, o sea, la mitad de la antigua Bengala, cuya otra mitad forma parte de la India.

El autonomismo entrañado en la artificial vinculación de un Pakistán oriental a un Pakistán occidental, completamente distinto por múltiples conceptos, prosperó con el tiempo, tanto más cuanto que, y así lo ha reconocido hace poco Islamabad, la parte oriental fue el pariente pobre y olvidado del poder central. La Liga Awami, partidaria declarada de la autonomía y, en secreto, de la independencia de Pakistán o Bengala oriental, bajo la dirección del Chej Mujibur Rahman, supo encauzar los deseos de sacudirse la pesada e inoperante tutela de Islamabad. En el pasado marzo logró en las elecciones un rotundo éxito y pretendió sacar las consecuencias prácticas de

tal éxito. Entonces el Gobierno central puso el grito en el cielo y recurrió a los medios militares para atajar la secesión que salía de las urnas que él mismo había puesto a disposición de los secesionistas. Y la comedia electoral desembocó en una gran tragedia. La represión ha motivado la huida a territorio hindú de nueve millones de refugiados, huida facilitada por el hecho de que no hay ríos ni montañas que constituyan una divisoria fronteriza entre las dos partes de la provincia partida por Gran Bretaña.

Esa masa de refugiados le ha caído como pedrada en ojo de tuerto a una India agobiada por problemas demográficos, de paro y subdesarrollo. Además pone en su territorio un hervor de ansias de lucha y venganza contra el poder central pakistaní, que se concreta en creación y acción de guerrillas. De ahí los continuos choques y combates señalados en la frontera indio-pakistaní. Son sumamente peligrosos dada la concentración de fuerzas indias en esa frontera, en evitación de que los pakistaníes violen el territorio indio al perseguir a los guerrilleros que, realmente, utilizan la India como santuario.

Paralelamente al desarrollo bélico de la cuestión, hay que señalar el interés con que los Estados Unidos, la URSS y otros países consideraron el problema tan pronto como se planteó. Todos coincidieron en aconsejar moderación a los potenciales adversarios, uno de los cuales, Pakistán, es teórico aliado de los Estados Unidos en la SEATO y el CENTO, a un tiempo que gran amigo de China Popular desde 1962 y, asimismo, aunque más teóricamente, de la URSS. En cambio, Pekín no vaciló en arremeter contra la India y aprobar la acción militar pakistaní, olvidando su tan cacareada doctrina del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. En contrapartida de este decidido apoyo chino a Pakistán, la URSS no tardó en ofrecer el suyo a la India, como se desprende del Tratado firmado el 9 de agosto pasado en Nueva Delhi, uno de cuyos artículos prevé que «en caso de ataque o amenaza a una de las Partes..., se iniciarán inmediatamente consultas con la otra Parte para hacer frente al ataque o amenaza y adoptar las medidas apropiadas...». Es decir, que, por países interpuestos y al socaire del drama bengalí, asistimos a un nuevo episodio del duelo chino-soviético, que adquiere en Asia singular acuidad. Por lo pronto, las circunstancias han permitido a la URSS conseguir lugar preferente en la neutralista India y disponer de sus puertos para brujulear por el océano Indico, como el tratado suscrito con la RAU en el pasado mayo le facilita el asentamiento en el Mediterráneo oriental. Ello evidencia que el pleito indio-pakistaní le ha venido

a la URSS como anillo al dedo para desarrollar su plan a largo plazo de cerco puesto a China. Le permite además lograr un objetivo nada desdeñable: neutralizar en la India, y más concretamente en el Pakistán o Bengala oriental, la influencia ideológica de China Popular, aliada del odiado Pakistán. En este orden de ideas, la guerrilla y las consiguientes feroces represalias crean un círculo vicioso y una situación favorable al interés soviético en la gran partida asiática. Tal parece haber comprendido Pekín, que no hace mucho dio a conocer una modificación de su criterio, antes coincidente con el de Islamabad, y sugirió la conveniencia de conceder la autonomía a Pakistán oriental. En el proyecto de nueva Constitución, anunciado para finales de diciembre por el presidente Yahia Jan en declaraciones hechas a la revista *Newsweek*, se recoge la fórmula de autonomía otorgada, lo cual confirma que, lo quieran o no, Pakistán y la India tienen asignado el papel de peones de brega en la lidia chino-soviética.

Aunque durante su viaje por Europa y los Estados Unidos de finales de octubre y primeros de noviembre, Indira Gandhi haya dicho que sólo iba en busca de «mayor comprensión», no es creíble que éste fuera el único objetivo de su peregrinar por capitales cuando su país está amenazado del conflicto a gran escala que, dada la tensión reinante, cualquier incidente fronterizo podría desencadenar. Sus gestiones tenían visos de angustiada búsqueda de un elemento político que pudiera modificar el explosivo binomio Pakistán-China más India-URSS, un elemento exterior que alterase la orientación actual de acontecimientos que parecen derivar hacia la vertiente del choque armado. Por desgracia para Indira Gandhi y su país, se ve tan claramente quiénes son los que puedan jugar la partida en el subcontinente indostánico, que ningún país sin interés directo e inmediato en esa área se arriesga a intervenir por temor a meterse en un avispero, singularmente los Estados Unidos, escarmentados por la experiencia indochina, si bien la decisión de no suministrar más armas a Pakistán es un gesto amistoso a favor de la India.

Con todo, cabe decir que, pese a la simpatía humana que suscita el drama de Bengala y su incidencia en la India, el viaje de la primer ministro no ha logrado una gestión aislada o conjunta para hacer presión en un vecino que, de carecer del apoyo chino, se hubiera visto sometido a tales presiones. Por lo demás, la presencia de la URSS junto a la India desanima a los países occidentales a tomar partido en un pleito que, de resolverse a gusto de la

India, beneficiará en primer término a la URSS, por consolidar sus posiciones en el sur de Asia, precisamente cuando se inicia la retirada anglo-norteamericana de esas áreas.

LA POLÍTICA EXTERIOR JAPONESA

Políticamente desarbolada y económicamente maltrecha ha quedado la nave japonesa después de los dos temporales provocados por el presidente Nixon al anunciar el 16 de julio pasado su viaje a Pekín y el 15 de agosto las drásticas medidas destinadas a reanimar al desfalleciente dólar y a la achacosa economía norteamericana. No será el viaje que del 9 al 11 de noviembre ha hecho a Tokio el secretario del Tesoro de los Estados Unidos, John Connally, el que permitirá reparar las averías para que Japón emprenda sin demora nuevas singladuras.

Sin andarse por las ramas, John Connally ha expuesto a sus interlocutores el criterio de su país en la actuales circunstancias, a saber: que amigos y aliados se aprieten el cinturón para que los Estados Unidos puedan aflojar el suyo en un plazo prudencial, o sea una vez superadas las dificultades originadas por una política a escala mundial en la que Wáshington ha llevado la batuta sin solicitar demasiado el parecer de los amigos y aliados a quienes apela ahora. Tokio ha hecho oídos de mercader con expediente de crisis a las razones del secretario del Tesoro, como se desprende de la invitación que éste ha formulado a tres ministros nipones para que visiten próximamente los Estados Unidos a fin de mantener conversaciones sobre puntos concretos. Uno de ellos será sin duda la pretensión norteamericana de que Japón revalúe el yen que, de hecho, y tal como sucede con las restantes monedas, ya está revaluado, debido sencillamente a la devaluación del dólar reflejada en las cotizaciones de los grandes mercados internacionales. Por lo demás, la reducción voluntaria de las exportaciones de textiles a los Estados Unidos, Corea del Sur, Formosa y Hong-Kong, impuesta en octubre por el enviado especial norteamericano, David Kennedy, si bien supone votos sudistas para el presidente Nixon en las elecciones de 1972, provoca en lo inmediato un grave problema industrial y político en Japón. Por lo tanto, aunque suavizada por la exención parcial de la tasa del 10 por 100, esa reducción parece señalar el tipo de las concesiones que puede hacer ese país. Porque el horno japonés no está para los bollos de una amenaza de quiebra de grandes complejos fabriles y su secuela de parados. Serían

un motivo más de descontento a agregar al que causa el fracaso de una política de lealtad confiada en los Estados Unidos, la que se deriva del Pacto de Seguridad de 1960, recientemente renovado. Las protestas y violencias que suscitan las modalidades de devolución de Okinawa son meros exponentes de la inquietud y desengaño que causa al Japón comprobar que, de momento, está varado en un planteamiento político-estratégico cuyas máximas expresiones son el Tratado de 1952 suscrito con China Nacionalista, el Pacto de Seguridad norteamericano-japonés y el Tratado nipón-surcoreano de 1965. El giro de 180 grados de la política asiática de Washington ha hecho perder todo sentido a ese sistema de contención del comunismo chino en el que Japón ocupaba lugar preferente. Pero «la letra mata» y Japón hubo de votar el 26 de octubre en la ONU a favor de China Nacionalista, cuya suerte estaba echada.

China Popular no ha manifestado particular enojo por semejante votación, limitándose posteriormente a puntualizar por boca de Chou En-lai las condiciones exigidas a Japón para establecer relaciones normales: abstenerse de toda política de hostilidad y, renunciando a la ficción de las dos Chinas, reconocer al Gobierno de Pekín como único Gobierno chino. Son las mismas condiciones que las impuestas a cualquier otro país y hacen caso omiso del recuerdo no muy lejano de un conflicto chino-japonés. Es que, como dijera Mao Tse-tung a una delegación de socialistas nipones que lo visitó, la República Popular nunca ha estado en guerra con Japón, lo cual es evidente. Tan juicioso saber olvidar explica que tan pronto como el comunismo triunfó en China, Pekín expresó el deseo de relaciones comerciales con un vecino que hacía pinitos por el camino de un posterior fabuloso desarrollo económico. Más aún: pese a la vinculación a los Estados Unidos, que durante años ha caracterizado la política exterior del Japón, China Popular sólo le ha dado muestras de mesurada prevención y no ha cesado de hacer distinciones entre el Gobierno y el pueblo nipón. Era un enfoque acertado, ya que no han escaseado en Japón los sectores inclinados al acercamiento a China, en particular y paradójicamente los políticos y hombres de negocios conservadores, que han estimado de suma importancia desarrollar relaciones comerciales, y hasta diplomáticas, con un país necesario para dar salida a la producción química y textil, aun antes de que los Estados Unidos pusieran trabas a las exportaciones japonesas, aparte de que la revolución de China aparece a muchos grupos políticos y religiosos nipones no como una ideología, sino como un movimiento asiático que ha permitido

a ese país sacudirse la tutela extranjera y pisar fuerte, cosa que no puede hacer el también orgulloso y humillado Japón, donde la presencia y presión norteamericanas son insoslayables realidades. El latente antiamericanismo, concretado durante años en la reivindicación de Okinawa, tiende a declararse ahora en razón de la crisis económica en ciernes y del desaire político sufrido por Japón. Ello ha creado un ambiente de hostilidad al Gobierno Sato, que se pone en la picota. De ahí la energía con que Eisaku Sato y sus colaboradores se niegan a toda nueva capitulación pedida por su aliada norteamericana. Es más, tratando de subir en el tren en marcha, Eisaku Sato ha declarado a mediados de octubre ante el Parlamento que estaba decidido a poner la proa a una normalización de las relaciones con China Popular, trasladándose él mismo a Pekín, de ser preciso. Puede considerarse, por lo tanto, que el voto a favor de China Nacionalista es el canto del cisne de la amistad con Formosa. Los pasos dados por Wáshington en dirección a Pekín, otorgan mayor libertad de movimientos a Tokio. Todo indica que la aprovechará para congraciarse con China Popular, donde impera un claro sentido de la conveniencia. Y la conveniencia dice que Japón, dotado de una infraestructura industrial de primer orden y un perfecto dominio de las técnicas modernas, es complementaria de China, rica en múltiples materias primas que no tiene Japón.

Complementarios en lo económico; ¿podrían complementarse esos dos países asiáticos en lo político? Es hipótesis poco probable, aunque se consideren las posibilidades de explotación conjunta que brinda el Asia soviética. Sin embargo, la prudente aproximación de Moscú a Tokio, un tanto paralela a los escarceos entre Wáshington y Pekín, podría dar paso a un nuevo equilibrio mundial en el que Japón fuera un factor operante. En todo caso, Japón va a cooperar con la URSS en el desarrollo de Siberia, y hace unos días ha sido invitado a celebrar conversaciones sobre Sajalín y las islas Ryu-kyu, vanamente reclamadas desde hace años al supuesto vencedor soviético, que realmente no llegó a estar en guerra con el vencido japonés.

LIUDPRANDO